

Cambio y continuidad en la Revolución Rusa: un debate*

Change and continuity in the Russian Revolution: a debate

José M. Faraldo

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

A través de un análisis de las ideas acerca del cambio y la continuidad en la historia rusa y de su diferencia o semejanza con la experiencia de Europa Occidental, se muestra como la transformación histórica comenzada con la Revolución Rusa de Febrero de 1917 y continuada por el alzamiento bolchevique y la guerra civil posterior, puede considerarse dentro del contexto de los procesos de modernización violenta de principios del siglo XX.

Palabras clave: Revolución Rusa, modernización, cambio, continuidad, estalinismo.

Abstract:

Through an analysis of the ideas about change and continuity in Russian history and its difference or similarity with the Western European experience, the article explains that the historical transformation begun with the Russian Revolution of February 1917 and continued by the Bolshevik rise and subsequent civil war, can be considered within the context of the processes of violent modernization of the early 20th century.

Keywords: Russian revolution, modernization, change, continuity, Stalinism.

* Este texto contiene partes de mi libro *La Revolución rusa: historia y memoria*, Madrid: Alianza Editorial 2017. Financiado en el marco del proyecto «Collapsed empires, Post-colonial Nations and the Construction of Historical Consciousness. Infrastructures of Memory after 1917» (HAR2015-64155-P, FEDER).

Tras la desaparición de la URSS, la Federación Rusa, convertida en sucesora en el derecho internacional del antiguo estado socialista, debió enfrentarse a un proceso que tendía a recolocar a la revolución dentro de la estructura de la historia nacional y de su continuidad. Lenin, Stalin y el resto de jerarcas soviéticos estarían —según quienes promueven esta visión— en una misma línea con los zares. El país, pese a cambios y revoluciones, pese a la colectivización y el gulag, pese a la construcción del socialismo real y la destrucción del Antiguo Régimen, habría continuado su marcha histórica. Esta apreciación, moneda corriente en buena parte de la historiografía rusa contemporánea, parecía querer resaltar la independencia del decurso histórico ruso con respecto al resto de países, no sólo europeos. Se situaba así a Rusia en una suerte de *Sonderweg*, de vía específica, singular, diferente. Es también en buena medida una herencia de la «construcción del socialismo en un solo país» estaliniana, de la idea de que, tras el fracaso de una revolución europea, a Rusia no le quedaba más remedio que iniciar su camino al paraíso comunista por su cuenta. Y tenía mucho que ver también con la pujanza de la interpretación «euroasiática» de la historia rusa: Rusia no sería ni Europa ni Asia, sino algo intermedio que, en algunos autores y movimientos políticos contemporáneos de la Federación Rusa se leería como algo «mejor», «superior».^[1]

Contextos

Sin embargo, y pese a estas visiones, que siempre acaban por confluir en un cierto excepcionalismo ruso, no se puede com-

prender la revolución si no es en su contexto europeo. La revolución de Febrero buscaba el derrocamiento de la monarquía para crear una democracia al estilo del resto de Europa, mientras que los socialistas rusos —en todas sus variedades— lo que querían era, una vez conseguido esto, dar el salto hacia un régimen, quizá aún no existente, pero coincidente en buena medida con el que buscaban los socialdemócratas alemanes, franceses o españoles. La común experiencia de la guerra mundial se rompió por el comienzo de la guerra civil rusa, no por la revolución. El vasto y múltiple enfrentamiento a lo largo del imperio, la separación reiterada y recurrente de países, territorios, repúblicas y provincias, las ocupaciones y reocupaciones, la intervención extranjera que se perdió en las arenas movedizas del inmenso espacio euroasiático, la instauración, en fin, de un régimen socioeconómico incompatible con el capitalismo liberal fueron las causas del alejamiento del modelo europeo. Pero no significaron que Rusia —luego la URSS— no siguiera participando de las disputas, los encuentros y desencuentros del sistema europeo de Estados.

A la altura de 1917 Rusia era Europa y quería ser Europa. La participación en la Gran Guerra no era otra cosa más que otra prueba de la pertenencia del Imperio de los zares al espacio europeo en todas sus dimensiones. Y, pese al continuo debate entre «eslavófilos» y «occidentalistas», lo cierto es que las dos formas de entender el futuro del país no eran, en definitiva, muy diferentes de las habidas en otros territorios periféricos como Rumanía, Polonia o España.^[2] Es también lícito insertar la revolución rusa dentro de los movimientos sociales de cam-

1.– Marlène Laruelle *Russian Eurasianism: An Ideology of Empire*, Johns Hopkins University Press, «Woodrow Wilson Center Press», 2008; *ibid.* (Ed.) *Eurasianism and the European Far Right: Reshaping the Europe-Russia Relationship*, Lexington Books, 2015.

2.– Andrzej Walicki, *The Slavophile Controversy: History of a Conservative Utopia in 19th Century Russian Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1975; Nicholas Riasanovsky, *Russia and the West in the Teaching of the Slavophiles*, Gloucester Mas, P. Smith, 1965.

bio de siglo como la revolución mexicana que la precedió por poco o la kemalista en Turquía que la siguió de inmediato. En las mismas fechas, diciembre de 1917, también el cansancio de la guerra y las tensiones sociales llevaron al golpe militar de Sidonio Pais en Portugal y a un primer establecimiento de una dictadura republicana que, con el tiempo, desembocaría en la larguísima dictadura de Salazar. Se puede también considerar al Japón Meiji una prefiguración del mismo experimento ruso de modernización por la fuerza. Y, todavía más allá, ¿no es el fascismo un intento de remedar el poderoso vuelco soviético en una forma menos dañina para los valores considerados patrióticos y las grandes élites?

Dictadura y democracia

La idea de que la revolución rusa debiera obligatoriamente concluir en una dictadura ha sido cuestionada por muchos historiadores. Robert V. Daniels, por ejemplo, dudaba incluso de la necesidad de la propia revolución de Octubre^[5]. Daniels escribió que la revolución de Octubre fue un accidente, en su opinión, lamentable porque quebró el desarrollo de un modelo que él quería cercano al socialdemocratismo europeo (la Revolución de Febrero). Esta intromisión del azar en el supuestamente armónico desarrollo histórico produciría según Daniels (dando un paso más adelante aunque en cierta línea con la clásica interpretación trotskista), que, con Stalin, el régimen soviético dejara de ser «verdaderamente» marxista. De este modo el estalinismo se atuvo tan sólo a las exigencias del poder, en forma que el marxismo-leninismo oficial del régimen vino a convertirse en lo que Marx entendía literalmente por «ideo-

logía», esto es, «falsa conciencia». Daniels afirma que, en los años treinta, «el régimen soviético cambió en su esencia». El propio régimen estalinista «no podía expresar más alta articulación de sus presupuestos sociales que la ideología marxista-leninista pero ésta había sido reducida a racionalización de los hechos». En conclusión, «y a pesar de sus etiquetas, el régimen estalinista no representó más el mismo movimiento que tomó el poder en 1917»^[4].

Esto, aunque en un tono más radical, se encontraba también en el análisis de John Kautsky en el que hacía hincapié en las diferencias, a su juicio importantísimas y de base, entre el marxismo y el leninismo, caracterizando a aquél como una ideología socialdemócrata a la alemana y a éste como una ideología de modernización, no muy diferente en su esencia, a las que se desarrollaron luego en países del Tercer Mundo^[5]. Es esta ligazón de la originalidad del marxismo soviético con la verdadera y efectiva modernización que se produjo durante el régimen estalinista y, en especial, los años treinta, lo que nos daría una pista para entender lo que de novedad poseyó el régimen soviético.

Continuidad y cambio

Podríamos hablar de cuatro principales interpretaciones de Octubre entendido como resultado del «curso natural» de la historia rusa. La primera sería la teoría de la *modernización*, seguida por la teoría de la *revolución proletaria* como culminación de la historia revolucionaria rusa —que era la tesis oficial mantenida por el régimen soviético—, la teoría de la *ola revolucionaria* —intento sociológico de encontrar un de-

4.- Daniels, *Trotsky*, p. 164.

5.- John H Kautsky, *Marxism and Leninism, not Marxism-Leninism: An Essay in the Sociology of Knowledge*, Londres, Greenwood Press, 1994.

3.- Robert V. Daniels, *Trotsky, Stalin and Socialism*, Boulder, Westview Press, 1991.



Trabajadores revolucionarios armados se calientan con una hoguera en Petrogrado. De izquierda a derecha, Ivanov, Yarosh y Gribovsky, en octubre de 1917 (Foto: Karl Bulla - AP).

nominador común a diversas situaciones revolucionarias—^[6] y el recurso a las *tradiciones culturales* rusas que, según algunos hacían imposible una salida al estilo de las democracias parlamentarias europeas^[7]. Richard Pipes, quizá el más prominente defensor de esta última interpretación, ha sostenido que el sistema soviético constituyó sobre todo una consecuencia de la tradición autoritaria rusa y de su incapacidad para construir una sociedad civil potente y

6.- Haciendo un resumen puede describirse así: resistencia al Antiguo Régimen, crisis, revolución moderada, fase extremista y reacción. Se trata del clásico esquema de Crane Brinton en su «Anatomía de la Revolución».(Crane Brinton, *The Anatomy of the Revolution*, New York, Vintage Books, 1965 [1938]).

7.- Richard Pipes, *The Russian Revolution, 1899-1919*, Londres, Collins Harvill 1990.

libre^[8]. Su visión de las continuidades entre el zarismo y el leninismo —que, según él, conducirían inexorablemente hacia el estalinismo— resulta sin embargo demasiado forzada. El peso de la historia significa, también, el peso de la sociedad, de los problemas sociales arrastrados y a los que Pipes no concede importancia alguna.

El problema planteado entonces sería el de si el modelo de la dictadura soviética constituyó una continuación directa de la historia prerrevolucionaria o un accidente totalmente alejado de las tradiciones rusas. Es inevitable reconocer que no se puede obviar, en absoluto, lo que significó para la

8.- Aparte de en: Richard Pipes, *Russia under the Old Regime*, New York, Scribner, 1974, muy clara en su polémica con Solzenitsyn, cf. Richard Pipes, «Solzhenitsyn & the Russian Intellectual Tradition Some Critical Remarks», en: *Encounter*, Junio 1979, pp. 52-54.

construcción del nuevo Estado Soviético la situación inicial, una situación que no era, ni mucho menos, de tabula rasa. Sin embargo, poner el énfasis para explicar los matices dramáticos del sistema soviético en las diferencias de partida para con Europa Occidental es no decir nada en realidad. Está claro que entre la Rusia inmediatamente prerrevolucionaria y el modelo de desarrollo de Europa Occidental existían grandes diferencias. Pero, aparte de que el propio «modelo occidental» carecía de homogeneidad entre los distintos territorios europeos, resulta difícil explicar el porqué de las elecciones concretas hechas a la hora de conformar el sistema soviético. ¿Por qué la revolución de Febrero, por qué la de Octubre, por qué un régimen de extremado estatismo y por qué ese estatismo arropado con un lenguaje marxista?

Si pretendemos explicar tan complejo asunto a partir únicamente de las diferencias entre Rusia y Occidente, volvemos a caer en el tipo de debate esencialista propio del siglo XIX y que se basaba en unos míticos caracteres nacionales definidos de forma unívoca y, las más de las veces, arbitrarias.^[9] A este debate ya antiguo pertenecen, por ejemplo, las tesis del eslavófilo Konstantin Aksakov para quien «Rusia» y «Europa» eran radicalmente distintas a causa de la diferente génesis del Estado en los dos ámbitos políticos. Esta tesis, que Aksakov aplicaba a la diferencia entre la autocracia zarista y los estados liberales, o que se encaminaban al liberalismo, de la Europa Occidental de la primera mitad del siglo XIX, podríamos traspasarla a la manera en que surge el sistema soviético. ¿Es el sistema soviético tan fundamentalmente distinto del resto de los sistemas socio-políticos europeos?

9.- Olga Novikova, *Rusia y Occidente: (antología de textos)*, Madrid, Tecnos 1997.

Europa y Rusia

Si ha habido alguna continuidad en la historia rusa, soviética, rusa otra vez, ha sido la del debate sobre si esta entidad territorial tan variable y compleja podía considerarse como parte integrante de la civilización europea o no. El filósofo Alexander Koyre opinaba que «se puede decir que toda la historia intelectual de la Rusia moderna está dominada y determinada por un único hecho: el hecho del contacto y la oposición entre Rusia y Occidente»^[10]. Se trataría, en realidad, de un doble dilema, el establecido territorialmente, esto es, la relación entre Rusia y Europa, por un lado, y a su vez, el problema de los contactos entre la *intelligentsia* y el pueblo, una separación cultural tan honda como la existente entre territorios, y que debe su existencia quizá a esa misma influencia «europea» o a su falta de ella. Ambas actitudes no se manifiestan como doctrinas o ideologías autoconscientes hasta muy tarde, pero «las actitudes mentales, las direcciones de pensamiento [...] tenían ya una larga historia»^[11].

Robert Conquest, en su prólogo al libro póstumo de Tibor Szamuely, planteaba las dos visiones habituales que los estudiosos «occidentales» tenían sobre Rusia: o bien una «sociedad occidental aberrante en muchos asuntos pero aun básicamente ‘europea’, o bien una extraña sociedad que era imposible comprender a través de la teoría política desarrollada sobre la base del estudio de Occidente»^[12]. Para Conquest, la peculiar historia rusa había producido una sociedad por completo dependiente del Es-

10.- Alexandre Koyre, *La philosophie et le problème national en Russie au début du XIXe siècle*, Paris, Gallimard 1976, p. 12.

11.- Koyre, *La philosophie* p. 13.

12.- Robert Conquest, «Introduction», en: Tibor Szamuely, *The Russian Tradition*, Londres, Secker & Warburg 1974, p. IX.

tado y funcionando de acuerdo a las decisiones tomadas por el liderazgo del Estado. El propio Szamuely consideraba que había dos vertientes en la tradición rusa: una, la falta de una entidad civil y social autónoma, lo cual producía el ansia del gobierno desde arriba, por decreto, sea por parte de la autocracia tradicional o bien de sus oponentes (Lenin). La otra vertiente que él observaba era una tendencia hacia el orden cívico europeo, que cada vez iba mostrándose más fuerte en la sociedad y que fue abortada por Octubre, lo que significaría, en realidad, la continuación de la tradición rusa de otra forma.

Szamuely sitúa el punto crucial de la divergencia Europa-Asia en la conquista tártaro-mongola, a consecuencia de la cual estos pueblos gobernaron Rusia durante 250 años, justo la época durante la que se estaba produciendo el Renacimiento en Europa, hecho que impediría la asimilación de Rusia al resto del continente. De otro lado los tártaros proporcionaron al dividido territorio ruso una unidad territorial, política y social basada en la igualdad ante la sumisión al Khan: «Se ha dicho [...] que Rusia fue conquistada dos veces: primero por el ejército mongol y luego por la idea mongola del Estado»^[13].

Continuidad y estalinismo

Oponiéndose a las tesis de la continuidad, Ernest J. Simmons, uno de los precursores de los estudios de Europa Oriental en Estados Unidos, comentaba en un libro ya antiguo pero muy revelador del origen y la duración del presente debate, que «ciertas pautas de comportamiento económico y de pensamiento de la Rusia del siglo XIX e, incluso, ciertos elementos del populismo, han entrado en la corriente de desarrollo

económico soviético. Tales herencias, en cualquier caso, pueden aclarar, pero difícilmente explicar, la teoría y la práctica económica de la Unión soviética actual»^[14]. Y continuaba replicando a quienes —a menudo— describían el «totalitarismo soviético» como una continuación de la «autocracia zarista», afirmando que las diferencias eran más poderosas que las coincidencias y que no bastaba con dibujar analogías entre Stalin e Iván el Terrible o Pedro el Grande. Uno de sus apoyos principales era la escasa raíz que se le puede encontrar a un concepto tan básico y tan concreto para el decurso de la Rusia posterior a la revolución como es la institución de los soviets. Simmons veía sin embargo elementos de continuidad cultural en la literatura. No en la posición del autor frente a la literatura o en su valor estético intrínseco —que era, con excepciones, inferior, a causa de la extrema reglamentación de la sociedad soviética— sino en su concepto de la importancia y el valor social de la literatura y la concepción del héroe positivo, activo, dedicado al pueblo y a cambiar la sociedad, doctrinas de los años 1840-1860 que fueron bienvenidas por los críticos literarios soviéticos. Además, hay un gran elemento de continuidad cultural en la persistencia y regocijada aceptación de la literatura del siglo XIX, que, en estas fechas, era leída con fruición y, al menos aparentemente, con preferencia a los productos del realismo socialista.

Esos debates nos muestran una idea clara de continuidad de esquemas institucionales o, mejor, de tradiciones de Estado desarrolladas a largo plazo, en la «larga duración» y de permanencia de determinadas tradiciones culturales en la «alta cultura». Sin embargo, describir de qué forma estas continuidades se mantuvieron supuesta-

13.- Szamuely, *The Russian Tradition*, p. 18.

14.- Ernest J. Simmons, (ed) *Continuity and Change in Russian and Soviet Thought*, Cambridge, H. U.P, 1955, p. 5 y ss.

mente intangibles a lo largo de los siglos y cruzando el meridiano de la revolución, resulta cuando menos complicado.

El historiador Christian Noack afirmaba que se debía considerar como «soviético» únicamente a lo que él llamaba «láminas de tiempo», determinados fragmentos que no necesariamente tienen continuidad y que pueden quedar aislados en el pasado^[15]. Esta afirmación, que es en buena medida banal, nos abre la puerta a una comprensión del sistema que es más abierta que aquella a la que las casi teleológicas explicaciones a las que los pro y anticomunistas nos tenían acostumbrados. Es decir: fragmentos del sistema —como la ideología marxista-leninista— que parecieron en otro tiempo fundamentales para entenderlo, pueden haber sido solo capas, estratos que no han dejado más poso que el del recuerdo histórico y los problemas de reparto posterior de la tierra. Lo cual implicaría también que muchos de estos aspectos del sistema no hubieran sido tan profundos como pensaban quienes se dejaban llevar por discursos oficiales o descripciones soviéticas de la época de la Guerra Fría.

La larga duración

Esto concuerda con los debates de la historiografía centroeuropea acerca de si, tras la caída del Muro, podemos seguir hablando de «Europa Oriental». En forma muy optimista —pero fundada— el historiador vienes Wolfgang Schmale resumía la polémica afirmando en un artículo que Europa Oriental «era una región histórica, pero una que estaba dejando de existir»^[16]. Ciertamente que

las constelaciones de intereses entre unos países y otros han dejado de estar concentradas en el interior del antiguo bloque del Este y que los pactos y las maniobras dentro de la Unión Europea llevan a menudo a la formación de coaliciones y grupos muy alejados de la propia pertenencia geográfica. Tampoco intentos regionales como «el grupo de Visegrado» han llegado a cuajar. Hablar de una «Europa Oriental» es pues, un simple lugar común, aunque una cierta conciencia de ella se mantenga en aspectos incluso anecdóticos, como las votaciones del festival de Eurovisión, donde la tendencia del público del Este de Europa es a votar a los representantes del antiguo bloque. En cualquier caso —y volviendo a las tesis de Schmale— sería absurdo disolver la asentada tradición intelectual de preocupación por la parte oriental de Europa sin ofrecer nada a cambio.

Cabría entonces concluir esta discusión afirmando que, aunque —por supuesto— «comunismo» y «Europa Oriental» (y, por supuesto, «Rusia») no son en ningún caso sinónimos, es precisamente la caída de los Estados socialistas lo que ha permitido incluir a estos regímenes dentro de una visión a mayor largo plazo, de *longue durée*. Así, algunas de las características consideradas propias de los Estados socialistas —desde el burocratismo hasta la monumentalista planificación urbana— se han llegado a inscribir en una tradición más antigua, cultural, nacional, alejándose así del simple recurso a imperativos ideológicos del marxismo oficial. Es decir: la patente de excepcionalidad histórica que a la Revolución de Octubre y sus consecuencias se le había otorgado hasta 1989 se ha debilitado y el comunismo se ha convertido en un fenómeno vital,

15.- HistLit 2009-3-039 / Thomas Christian Noack über Lahusen y Peter H. Solomon (eds.), *What Is Soviet Now? Identities, Legacies, Memories*, Lit Verlag, Münster, 2008, y en H-Soz-u-Kult 14.07.2009.

16.- Wolfgang Schmale, «Osteuropa: Zwischen Ende und Neudefinition?», en José M. Faraldo, Paulina

Gulińska-Jurjel y Christian Domnitz, *Europa im Ostblock. Vorstellungen und Diskurse (1945-1991) / Europe in the Eastern Bloc. Imaginations and Discourses (1945-1991)*, Böhlau, Colonia, 2008, pp. 23-36.

importantísimo e imprescindible a la hora de explicar el siglo XX, pero un fenómeno histórico al fin, y como tal, objeto posible de investigación científica.

Sheila Fitzpatrick, la principal representante de los historiadores llamados «revisionistas» de los años setenta resumía los primeros debates habidos tras el derrumbe del sistema socialista afirmando que hasta diciembre de 1991 la Revolución Rusa pertenecía a la categoría de revoluciones de «nacimiento de una nación» —entendiendo esto como aquellas que dejaron tras de sí una duradera estructura institucional y nacional y constituyeron el foco de un mito nacional^[17]. A partir de esa fecha, cuando parece ser que la nación que nació en Octubre está muerta, la Revolución tuvo que ser reclasificada como un episodio más de la larga historia rusa. Hasta qué punto la «nación soviética» ha desaparecido o no, es discutible, ya que habría que definir primero que se entiende por dicha nación. Sin embargo, nos parece bastante claro que el efecto de *nation-building* que la Revolución Rusa produjo fue el responsable de la formación de una serie de nuevas naciones —incluyendo la nueva Rusia— que parecen establecerse hoy día como suficientemente sólidas^[18]. No hay duda en ello: Octubre sirvió, entre otras cosas y a la larga, para construir una larga serie de naciones-estado donde antes había solo un imperio. Sin embargo, esto no nos aclara qué fuera real-

mente la fase más tormentosa, brutal y a la vez original de la experiencia soviética: el estalinismo.

La perspectiva rusa

La época de la perestroika y su final vieron surgir en la URSS un debate ante todo político al que sin embargo acompañó un renovado auge de la investigación histórica, promovida por las nuevas facilidades de acceso a los archivos. Se juzgó y se enjuició y se analizó el régimen soviético y su modelo en un tono que, en el interior de Rusia, acabó siendo altamente crítico. Se comenzaron a contemplar los setenta años postrevolucionarios a través del color del cristal de la situación contemporánea, esto es, la profunda crisis económica rusa de los años ochenta y noventa. En ese contexto, una de las lamentaciones más repetidas era el hecho de que los bolcheviques habían «apartado» a Rusia del camino «natural» de desarrollo, teniendo en mente, claro, al capitalismo zarista.

Buena parte de quienes han querido analizar tanto la dictadura estalinista como, más en general, todo el edificio que sostenía la Unión Soviética, han cargado las tintas sobre las «precondiciones sociales», económicas, culturales y políticas de la Rusia de los zares^[19]. También desde una perspectiva marxista, se ha intentado comprender por qué fracasó el ideal de la libertad socialista a la hora de *realizarse*, de *llegar a ser* en la Rusia pos-revolucionaria, atendiendo a las dificultades creadas por el pasado ruso. En otros casos, han sido liberales quienes han constatado y descrito la falta de sociedad civil y burguesía «normal» en

17.– Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution* (2ª ed.), Oxford University Press, Oxford/Nueva York, 1994, p. 1.

18.– Sobre esto hay ya una amplia bibliografía. Como ejemplos: Ronald Grigor Suny, *The Revenge of the Past. Nationalism, Revolution and the Collapse of the Soviet Union*, Stanford University Press, Palo Alto, 1993; David Brandenberger, *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956*, Harvard University Press, Cambridge, 2002; Terry Martin, *The Affirmative Action Empire. Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Cornell University Press, Ithaca, 2001.

19.– James H. Billington, *El icono y el hacha. Una historia interpretativa de la cultura rusa*, Madrid, Siglo XXI, 2011 (original de 1966); Tibor Szamuely, *The Russian Tradition*, Secker & Warburg, Londres, 1974 y Orlando Figes, *El baile de Natacha: una historia cultural rusa*, Edhasa, 2006.



Primer de Mayo de 1918 en Petrogrado (Fuente: The Kathryn and Shelby Cullom Davis Library).

Rusia y que a ello achacan la catástrofe desencadenada por la Revolución y a la Revolución misma, como una muestra de la falta de condiciones sociales y económicas para construir una sociedad liberal y de mercado en la Rusia zarista^[20]. Estas valoraciones — políticas, en suma — han ido cediendo paso en las historiografías occidentales a tratamientos más sobrios.

En la propia Rusia, sin embargo, se ha vacilado entre buscar la culpa entre las influencias occidentales — el marxismo como contaminación externa — y la asunción de la dictadura soviética en toda su integridad como parte de la propia historia rusa^[21].

20.- Especialmente Orlando Figes, *La revolución rusa, 1891-1924: la tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2006.

21.- Véase la discusión acerca de las continuidades en V. A. Mau y G. A. Bordiugov (eds.), *Rossiiskaia Imperiia, SSSR*,

Aunque historiadores y pseudohistoriadores del tipo de Gumilev — el hijo de la poetisa Anna Ajmátova — han aportado toda serie de argumentos — a menudo con tintes antisemitas — para expulsar al marxismo y sus consecuencias del parnaso de la historia de la nación, lo que parece haber triunfado y haber quedado establecido dentro de la conciencia general de la población es la existencia de una evolución histórica sin solución de continuidad^[22]. En ella, la Re-

Rossiiskaia Federatsiia: Istoriia odnoi strany? Preryvnost i nepreryvnost v Otechestvennoi Istorii XX veka, AIRO-XX, Rossiia Molodaia, Moscú, 1993.

22.- Elena Müller, «Woher ist das russische Land gekommen? Und wohin soll es gehen? Die inoffizielle Geschichtsschreibung im heutigen Russland», en G. Besier y K. Stoklosa (eds.), *Geschichtsbilder in den postdiktatorischen Ländern Europas. Auf der Suche nach historisch-politischen Identitäten*, Münster, Lit Verlag, 2009, pp. 75-92.

volución de octubre es parte de la historia rusa; el estalinismo fue una fase como la de Pedro I; la Gran Guerra Patria —como se llama en Rusia la II Guerra Mundial— una repetición, más heroica si cabe, de la guerra contra Napoleón; y la *perestroika* un acontecimiento lamentable, pero de corta duración en la historia del «Imperio». La conciencia histórica rusa que se ha consolidado tras la llegada al poder de Vladímir Putin (2000) es, pues, una conciencia imperial.

El historiador debiera sin embargo intentar contemplar a la URSS como un país normal y corriente, aunque con una historia extraordinaria, «en lugar de construir teorías cada vez más extravagantes sobre el carácter excepcional de Rusia y la URSS». Como escribía durante la *perestroika* Richard Sawka, «el hecho de que el modelo económico soviético no parezca funcionar muy bien últimamente no es algo que deba imputarse al tradicionalismo. La explicación debe buscarse en una teoría capaz de comprender la singularidad de esta forma ‘desviada’ de modernidad. El problema clave que se le

plantea al país es la manera de avanzar desde una forma de modernidad que constituye un experimento único, distinto y sin parangón histórico, hacia otra forma de modernidad cuyo éxito parece ser mayor»^[23]. En definitiva, habría que entender la revolución —e incluso el estalinismo— como formas radicales de modernización.

La perspectiva que creo más fructífera a la hora de enfrentarse al examen histórico de la revolución de Febrero, al levantamiento bolchevique de Octubre e incluso a la «revolución desde arriba» estalinista^[24], es la de verlas como transformaciones políticas de amplio calado que tenían unos amplios objetivos de modernización social y económica. La peculiaridad del desarrollo posterior a Octubre estaría en su autoconciencia utópica, de búsqueda de un absoluto milenarista y universal. Pero pese a ello, la revolución rusa no se puede, ni se debe entender como un fenómeno aislado, un clímax de la historia. Se trata de una más —si bien con consecuencias internacionales extraordinarias— de las transformaciones violentas de la modernidad.

23.- Richard Sawka, «Nuevo autoritarismo: una crítica», en: Cuadernos Del Este, N.1, 1990, pp. 51-57

24.- Ilya E. Zelenin, *Stalinskaja «revolutsia sverju» poslie «vielikogo piereloma» 1930-1939. Politika, osushestvliennie, rezultaty*, Moscú, Nauka, 2006.